IMAGEN DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Por Blanca MORA Y ARAUJO

Me obliga y me intimida la emoción... Emoción de que se me conceda el honor de aparecer firmando páginas en revista de tanta importancia. Su nombre lo dice: MUNDO HISPANICO... Emoción también de evocar, que es para mí revivir, lo que más quise; y, sobre todo, lo que más admiré... Y esta emoción me exigió meditar mucho, cómo debía empezar el coloquio de escrito y su lectura y nada surgió más digno que estas frases que tomo de un «Prólogo» de Miguel Angel, es decir ya no inéditas... pero casi... Los prólogos de los bellos libros, y éste lo era en grado sumo, van a pocas manos y yo ansío, y es ahora en cada instante, la esperanza que me sostiene: espero que cuando evoco o hablo de esa Gran Figura que fue Miguel Angel Asturias, mis recuerdos, mis evocaciones vayan a muchas manos, a muchas manos o a muchos corazones de los hombres que él amaba, especialmente a aquellos a quienes prefería porque podía hablarles expresándose en «su» lengua.

«Por la señal, por la señal de la luz, por la señal de la santa luz de España, inicio este prólogo con todos los signos del zodíaco en las yemas de los dedos. Soy el menos español por mi cepa indígena y el más español por mi lengua. El menos español por mi lascasismo y el más español por mi quijotismo. Simple necesidad temporal de la palabra, este prólogo, sí, pero también ejercicio para habituarnos a la andante caballería de los relojes sin horas, a estar fuera del tiempo, a vivir auroras y tinieblas de las que se sale con los ojos hambrientos por las cosas dulces y sencillas de la tierra...
Los otros sentidos prontos a catar, diría el Cid, el olor, los sabores, las presencias y los sonidos...»

Todo esto, presencias, olores, sabores, sonidos, le daban ese más que gusto, regusto, de estar en España. Mirarlo todo con los ojos muy abiertos, los sentidos agudizados, porque cada instante se le quedaba agarrado al corazón. A este obligado viajero andante, trasumante por tantos países, gentes y tierras, estar en España le significaba algo más hondo; y cómo era profundo y callado, cuantas veces adiviné su emoción sólo en la manera como al andar por calles o caminos, sentía que presionaba mi brazo bajo el suyo o mis manos entre sus bellas manos de piel morena y tersa, sus largos dedos afilados hasta sus uñas de un óvalo perfecto... porque sus manos eran un poco síntesis de su persona, de la fineza de sus maneras y del señorío de sus gestos. Alguna vez lo oí decir, cuando preparábamos maletas para ir a iniciar cursos en algunas de las Universidades: «Vamos a España, pero por decir «que vamos»; estamos siempre en ella, porque la esencia de todo ser humano es la palabra, y nuestra palabra, se materializa en esta nuestra bella lengua»... Y aunque Miguel Angel era un incansable viajero, le costaba siempre mucho arrancarse a su rincón de trabajo, a su máquina de escribir, a la concentración de lo que estaba creando, pero cuando se trataba de «ir» a España, lo sentía alegre, contento...

No sé si todos comprenderán este sentimiento de «arrancarse» que siente el que se ha visto obligado a vivir tantos años en el «exilio», lejos de su tierra, de sus gentes, de sus amigos cotidianos y no sólo vivir, el no poder regresar... el alejamiento forzoso de lo «nuestro» hace que cada partida signifique un poco reiniciar un destierro, una larga definitiva ausencia, y por eso en cada preparativo de un viaje había ese sentimiento de miedo, profundo y misterioso del que decide ... partir... Pero cuando partíamos hacia España, no era «partir», era «regresar», y eso lo alegraba íntimamente y yo lo adivinaba, aunque no me lo dijera, porque lo sentía hasta moverse como con alas, que en otros muchos casos no eran alas, sino pies que se arrancaban al cotidiano quehacer.

La primera vez que juntos llegamos a España, a Madrid, más precisamente, fue en 1953... Miguel Angel, nombrado embajador de Guatemala en El Salvador, imprevistamente, ya que en ese momento era ministro Consejero en París, y ese cargo lo había determinado Jacobo Arbenz, entonces Presidente de Guatemala, porque su novela *El Señor Presidente* había tenido el Premio al mejor libro traducido al francés, Premio Internacional del Libro. París significaba mucho para él, que no había regresado allí desde 1934, cuando lo dejó a instancias, casi exigencias de Paul Valery, cosa que puso como condición para que Miguel Angel pudiera usar como Prólogo de *Leyendas de Guatemala,* su carta sobre el primer libro de Asturias que Valery leyera en la traducción de Francis de Miomandre, «leyendas, sueños, cuentos, poemas», que tanto le asombraron, le impresionaron. Cuando Miguel Angel fue a agradecer al ilustre poeta esa condescendencia poco común (Valery se negó siempre a hacer Prólogos), el maestro le exigió una promesa: «Abandonar París en el tiempo más breve» Hasta le preguntó cuántos días o semanas necesitaría para partir. Miguel Angel, entre sorprendido y resistiendo la exigencia del ilustre escritor le dijo: «Maître je ne peux revenir dans mon pays, une dictature très dure mettrait ma vie en danger...». Pero Valery no transigió: «Usted no puede quedarse más tiempo en París, con su facilidad y su talento se convertiría en un imitador de los franceses... y usted es otra cosa...». No hubo más remedio que prometer. Miomandre que acompañaba a Miguel Angel en aquella visita, quedó encargado de avisar a Valery la fecha de la partida que no debía demorarse...

Busqué afanosamente entre tantos papeles preciosos, pero que siguen desperdigados en un increíble desorden en nuestro departamentito de París, por falta de técnica o de método para organizar o bien conservar todo este tesoro que constituye su Don a Francia y que deberá ser entregado un día después de haber sido eficientemente ordenado por un especialista; espero, creo será la doctora Nouhaud, profunda conocedora de la obra de Miguel Angel Asturias, la que haga ese ordenamiento indispensable... Busqué afanosamente, decía, esta carta inconclusa, en que el joven Miguel Angel cuenta cómo se decidió a seguir el consejo, la profunda sabiduría del gran poeta Valery (dice en una entrevista muy posterior Asturias), que me exigió arrancarme, sí arrancarme al París del Surrealismo, diciéndome con voz casi severa «usted va a perder sus raíces, se volverá un imitador, un imitador siempre es malo...; regrese a sus fuentes...»

Y aquí tengo ante mí, el papel del barco «Vapor Correo» de la Compañía Transatlántica Barcelona, en que escribe a su gran amigo Jean Ballard director de *Cahiers du Sud* donde aparecieron por vez primera en Francia editadas sus *Leyendas de Guatemala...*: «Mi querido Jean Ballard, sí, ya voy en la carabela que me conduce hacia el otro lado del mar Atlante. Material y espiritualmente yo pensé y me lo había dicho muchas veces interiormente, yo no podía participar del todo a vuestra vida europea, a pesar del calor solar de vuestra amistad... y por eso emprendo la fuga como un ciego a quien amenazan con curarle su ceguera... No me detendré en Marsella, tal vez para evitar la ruta de Rimbaud le Voyou... pero espero volver pronto y entre tanto trataré de seros útil allá... Miomandre os ha debido entregar ya una parte de *Tres de Cuatro Sueños,* espero en breve mandaros el resto. Escríbanme y no olviden de mandarme la Revista a Asturias, 104. Avenida Central. Guatemala»... Allí termina la carta inconclusa que quedó sin duda olvidada, esperando un puerto desde donde enviarla a destino. Muchos años más tarde yo la descubrí entre otros papeles, originales, poesías y una parte de esa novela que se llamaría después *El Alhajadito,* todo arrugadas, algunas páginas aún chamuscadas... Su

Miguel Angel Asturias es la síntesis del espíritu de un pueblo que encontró en su obra una visión menos folklórica y más autóctona de lo puramente guatemalteco y por extensión centroamericano. El premio Nobel de Literatura de 1967 fue un claro exponente de la potencia de unas raíces indigenistas enraizadas en lo más oculto, mágico, arcaico y misterioso del alma popular que permanecía dormida. Con este escritor, Hispanoamérica impuso en el mundo la valía de una prosa que alcanza cimas poéticas y es trasunto de un abundante y arcano fondo donde refulgen los más preciados y felices hallazgos literarios.

vieja nodriza la Lola, me las dio un día. Muchos meses después de conocerme y al entregarme todo ese atado de papeles, me dijo con la natural solemnidad de una indígena que antes de tomar esa resolución había meditado largamente: «Voy creyendo que vos querés bien a mi Niñito, por eso te entrego estas cosas que son suyas. Ve de conservarlas con amor como lo hice yo...»

La Lola, Lola Reyes es ya un personaje de novela. Murió con más de cien años. No sabía cuándo había nacido, pero por las cosas que recordaba se le calculaba la edad. Hablaba siempre en sentencias, como las abuelas-consejeras o brujitas de la palabra de las aldeas mayas. Era fina, inteligente, con una sagacidad increíble para juzgar los hechos y las cosas. Una lealtad de viejo perro guardián como ella misma decía «ya no voy sirviendo sino para cuidar lo que los demás olvidan». Yo la mantengo siempre presente en mi recuerdo y en mi afecto, por esa devoción casi mística que tenía a Miguel Angel. Imaginad, amigos lectores, que aún para la Lola, como para los indios de Guatemala, yo era «muy gringa» (mujeres cambian color de pelo pero no de ojos), me decían muchas veces y no de muy buen grado aceptaban aquello de que yo fuera la esposa de su Gran Lengua, de su Nuevo Gran Jefe Maya.

El texto de esta carta y el comentario que sigue lo cuento por vez primera para vosotros, amigos de MUNDO HISPANICO, como una primicia, ya que tengo pocos méritos que justifiquen el honor que me hacéis dándome oportunidad de contar, adelantándolas a «Las Memorias» de la Vida de Miguel Angel Asturias, que estoy poco a poco reconstruyendo. Mucho más lentamente de lo que quisiera, pero es que cada uno de los momentos que conviví y de los que debo hablar o contar, tengo que justificar o con palabras suyas tomadas de las entrevistas, o de sus propios papeles y hallar tanto material lleva mucho tiempo en el «racconto» de su vida maravillosa que por tantos años tuve el privilegio de compartir. En otro de sus mensajes desde París, antes de su regreso cuenta a un amigo: «En verdad pienso que tengo pocos amigos y muchos conocidos. Pero quiero contarles ahora de éste que lleva anteojos muy gruesos, zapatos muy gastados... pero no importa su cara ni su traje. Es español, habla francés con marcado acento. Desde el Sena donde nos conocimos hasta llegar a su casa donde me invitó a venir había un largo camino. ¿Porqué nos hicimos amigos tan pronto? Ahora lo puedo decir. Tenía el «vicio» que más maravilloso me ha parecido siempre, la manía de comprar libros viejos. Y fue así cómo nos hicimos amigos. Dice que perdió la vista empecinándose en leer libros casi destruidos, descifrando frases de sus páginas amarillentas. Dice que quiere morir entre sus libros. Y yo pienso con emoción escuchando a este hombre de apariencia tan pobre, qué rico es, si yo fuera mujer me digo para mis adentros le daría mi corazón para que lo coleccionase. ¿Cuántas mujeres no tienen el corazón más polvoriento que las páginas de algunos de esos santísimos volúmenes del tiempo de los Luises? Pero confieso que además de su erudición amó la compañía de aquel hombre por sus movimientos serenos y sencillos. Pero ya les he dicho demasiado de este amigo, por la maldita costumbre de escribir como si conversara con buenas gentes es decir conocedores de los libros, sin oficio, sin premuras... y yo prefiero siempre escribir para esas gentes...»

Verdad amigos de España, lectores de esta Revista tan importante, que este anecdotario os irá dando una imagen humana de Miguel Angel Asturias más viva que la de su nombradía o sus premios o sus condecoraciones. Lo maravilloso en ese Hombre, que fue tan gran escritor, era su humanidad, su cortesía, su bondad, su inmensa modestia, su gusto generoso por saber de los

Blanca Mora y Araujo de Asturias es la primera en felicitar a su marido, entonces embajador en París, tras conocerse el resultado que le otorga el Nobel de Literatura.

triunfos ajenos y esa cortedad inquieta que lo invadía cuando se hablaba de los suyos y cómo se ingeniaba para evitar que los elogios lo abrumaran. Así fue por el mundo, antes y aún el mismo día de recibir el Premio Nobel, hablando de la Novela del Continente Sudamericano. Las Universidades de España cuyos Ciclos de Verano inició le oyeron en sus Conferencias hablar del Lenguaje, del Paisaje, del Rol de Novelista en las Universidades, del Compromiso de los Escritores destacados de América con los Problemas de sus pueblos, pero nunca personalizando a sus propios libros en esas charlas. El se borraba, por decir así, como uno de los representantes, simplemente de toda una Literatura. Y es por eso que yo os agradezco tan profundamente el que me deis esta oportunidad, de contar algo más íntimo, un retrato más personal de este Hombre, que si se enorgulleció de algo, fue de haber podido ser el portavoz de la bella lengua, «la que hablaron Garcilaso, Santa Teresa, Fray Luis, Cervantes y Quevedo», sin descuidar, sin olvidar nunca que era deber del ser «mestizo», hallar «tras largo meditar sobre los materiales de la novela, como un artesano, y pienso en Don Pío Baroja, meditar sobre los materiales que maneja, y de los resultados que éste o aquél le han dado. Expresarnos en un lenguaje que traspase a la narración la realidad ambiente. Pura esencia poética pero en la que el drama persiste, sometido y definido por la amplitud del cuadro que el ser humano no alcanza a sobrepasar. Novelas con pulmones poéticos, con pulmones vegetales. Ambiente de naturaleza convertida en idioma robado a la realidad, lenguaje colorido, que no es pintoresco, onomatopéyico por adherido no sólo a los ruidos, sino a las antiguas lenguas que evocan en su sonoridad equivalencias sagradas y mágicas.

Y por esto pienso, que el castellano, esa bella lengua docta, madura, en que las palabras van encadenadas por una estricta sintaxis, no podíamos apropiárnosla como una entidad absoluta, nuestra... y debimos inventar para nuestra prosa una libertad incisiva, directa, poseedora de una riqueza conceptual, pero al mismo tiempo apretada y sencilla, en la que la palabra adquiera un valor tan importante. Evitar aquel tropicalismo que hacía temblar al gran Alfonso Reyes. Muchos creen que estamos destruyendo el idioma. No. Lo destruiríamos si pretendiéramos ajustarnos o imitar la nobilísima lengua de nuestros maestros españoles. Lo que hacemos es inventar un vehículo de lo nuestro, de nuestra carne, de nuestros pueblos, la sangre indígena que a nosotros guatemaltecos, como ocurría en nuestras antiguas mitologías, se exigía encontrar con la palabra exacta, el término desnudo y preciso, aquel que los dioses escondieron como parte del fuego sagrado y que las tribus fueron descubriendo en su peregrinar. No queremos novelas europeizantes que falseen las substancias profundas de nuestra vida. Queremos movilizar lectores y conciencias del mundo entero para salvar al hombre que habita nuestras tierras, porque los problemas son cada vez más agudos y atrayendo la conciencia los ojos del mundo hacia nuestro continente ayudaremos a salvar la justicia y la libertad para sus habitantes»...

He entresacado frases de sus conferencias porque ellas son una síntesis de su pensamiento y de la razón de su vida. Esa vida desbordante de poesía y creación que se apagó para siempre, hará en breve tres años, en este Madrid que tanto amaba. Pero sus libros lo mantendrán vivo en la mente del pueblo que es como El decía, «donde todo escritor desea quedar». — ■